

Mc 7, 31-37 Domingo de la XXIII semana del tiempo ordinario.

“Entonces le presentaron a un sordomudo y le pidieron que le impusiera las manos. Jesús lo separó de la multitud y, llevándolo aparte, le puso los dedos en las orejas y con su saliva le tocó la lengua. Después, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo: «Efatá», que significa: «Ábrete». Y en seguida se abrieron sus oídos, se le soltó la lengua y comenzó a hablar normalmente” (Mc 7,32-35).

Cada uno somos el sordomudo que describe el evangelio. Estamos inmersos en la sociedad, con variedad de redes sociales, pero vivimos incomunicados.

Necesitamos seguir un proceso de sanación, que podría tener los siguientes pasos:

1. Dejarnos acompañar y conducir hasta Jesús, por alguien que ya vive la experiencia de su amistad, revistiéndonos de humildad y docilidad.



2. Buscar el silencio, ir al “desierto” apartarnos, para provocar el encuentro con nosotros mismos y Jesús.

3. Permitir que Cristo nos toque los oídos, para que nos abramos a su Palabra.

4. Dejar que el Espíritu nos suelte la lengua para el agradecimiento y la alabanza por las maravillas de Dios.

5. Nacer de nuevo, asumiendo los gemidos de Jesús, que nos hace experimentar la filiación divina. El “Efatá” que pronuncia, nos abre a su amistad

Señor lléname de tu vida nueva; que pueda escuchar tu Palabra y abrirme a tu alabanza.

¡Jesús, comunícame tu Vida!

¿Busco el silencio para encontrarme con Cristo, para escuchar la Palabra que tiene para mí?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc